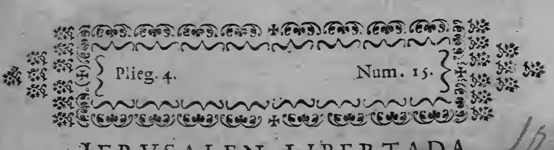


JERUSALEN LIBERTADA.

COMEDIA FAMOSA.

DE ANTONIO HENRIQUEZ GOMEZ.

Personas que abian en ella.

Gofredo de Bullon.	*Adalino, Rey de Jerusalen̄.*	*Argante.*	*Clorinda.*
Tancredo.	*Soldados, y todos con la ✱ al pecho.*	*Solimàn.*	*Alete Escudero*
Reynaldos.		*Tristàn Escudero de Tancredo.*	*Armindo.*
Ismero.			*Soldados.*

JORNADA PRIMERA.

Sale Gofredo, Tancredo, y Reynaldos, Tristàn, y Soldados.

Gof. Soldados fuertes, à quiẽ ha elegido
el Rey del Cielo; y q̃, del Asia espãto,
libres por mar, y tierra os ha traido
a restaurar su Sepulcro Santo: (do;
Vosotros, q̃ à Antiochia haveis venci-
y q̃, llegando aun mas allà de quãto
el Ganges riega en barbaras Naciones,
arbolaste la Cruz en sus pendones.
Si vuestro patrio nido haveis dexado,
no por vencer tanta enemiga tierra,
sino por vèr el muro conquistado,
q̃ la gloriosa Cruz de Christo encierra:
Ya el tiẽpo desta empressa se ha llegado,
vibrad las armas, empeçad la guerra,
antes q̃ el Rey de Egypto à Palestina
venga, en socorro de Sion Divina.
Ya, Soldados valientes, mas cercanos
de la Ciudad teneis los santos muros;
poned en libertad tantos Christianos,
q̃ en ella estàn en cautiverios duros:
Fũdad Tẽplos, y albergues soberanos
donde los peregrinos mas seguros
lleguẽ buscãdo à Dios cõ pies devotos
à vèr las Aras, y à cumplir los votos.
Ea, Principes famosos; ea, Tancredo,
nuevo terror del Asia generoso; (do
ea, Reynaldos valiẽte, horror, y mie-
del flechero Persiano belicoso:
Vuestro Caudillo soy, yo soy Gofredo;
General (aunq̃ indigno) tan dichoso,
q̃ entre vuestro valor, jamàs vencido,
de Dios, para esta empressa, fui elegido.
Vosotros, q̃ ya el pecho haveis cruzado,
para mostrar lo q̃ à esta guerra os guia,
con la gloriosa enseña que os he dado
del q̃ en su Ocaso os diò su eterno dia;

Vosotros, q̃ la Cruz haveis alzado,
à quien se debe como à Dios Latria,
y en quiẽ el Phenix renaciò triũphãte,
y à la santa Ciudad teneis delante.
Esta es Jerusalen (sino es espanta
la clara luz de su Divino Oriente)
que sobre dos collados se levanta,
haciendo à dos montañas una frente;
Esta que vèmos es la Tierra Santa,
donde se obrò el milagro reverente
de nuestra Redẽpcion, quãdo fue visto
morir de amor la Humanidad de Christ
Alli al Oriẽte entre el florido suelo (tiende el Jordàn sagrado sus crystales,
este es el Oliveto, y el Carmelo
aquel monte entre cũbres desiguales:
Veis alli al Austro el soberano Cielo,
restauracion de nuestros largos males,
Belèn, digo, sagrada, donde un dia
el Sol naciò del Alva de Maria.

Ponense de rodillas.

Salve (ò Santa Ciudad!) Norte de aquella
mayor luz q̃ abreviò sus explendores
en la mas pura, y mas hermosa Estrella
que viò con rayos de su luz mejores.
Ta. Salve (ò Belen!) iõde una Virgẽ bella
adorada de Reyes, y Pastores, (to
miraste en Carne à Dios se viò en un pũ
à la Virginidad el parto junto. (no
Rei. Salve (ò gloriosa Puerta!) q̃ el cami-
miraste en sangre, y en funesto espãcio,
quando en sus ombros el Isaac Divino
llevò la leña al Sacrificio santo.
Gof. Tu, por quiẽ hoy del Asia peregrino,
pues en tu nõbre este pendõ levanto,

Levantanse todos.

favorece (gran Dios) tu causa, y sea
tu mesmo honor el q̃ por ti pelea.
Tan. Presto verà el Cedron por los umbrosos (tos,
valles de Josaphat, de horror cubier-
corriendo à sus crystales sanguinosos,
si yà no detenidos con los muertos.
Rei. Presto los và malditos, y espantosos
valles de Gelboè, por sus desiertos
veràn (entre mis brazos homicidas)
con sangre sus arenas confundidas.
Sale un Paj. De el Rey de Jerusalen
dos braves Embaxadores,
de paz, te piden licencia.
Gof. Entren, y en mi tienda ponles
dos sillas.

Salen Soliman, y Argante, el uno con turbante, y el otro vestido de pieles de Tygre, con un jaco encima, y una cabeza de Leon por celada.

Rein. Furioso trage!
de Hircana Tygre se viste,
y la cabeza disforme
de un Leon, es la celada.
Solim. Tu frente el Cielo corone
de mas laureles que años,
para que tus triumphos logres.
Humillase Soliman casi hasta el suelo.
Arg. Guardete Alà.
Argante baxa un poco la cabeza.
Gof. Sentaos, y vuestra embaxada
decid luego. *Sientanse todos cinco.*
Arg. A Vlyses oyes,
y despues oiràs à Aquiles,
porque como mis blasones
solamente son mi espada,
y mis pazes, mis rigores,
mi brazo solo, y mi azero,
son mi ley, y mis razones.
Soli. Gran Duque de Lotaringia,
gran Capitan, cuyo nombre
con temor escucha el Asia,
con admiracion los Orbes.
Digno mas en esta guerra,
porque siguen tus pendones
tantos valientes Soldados,
y tantos Principes nobles,
que por los Reynos ganados
en tan remotas naciones,
cuyos despojos arrastran
tus Soldados vencedores.
Viendo que ya tus victorias

llegar al Libano Monte,
en las famosas Provincias
que riega el sagrado Orontes.
El Rey de Jerusalen
te pide, que te reportes,
y con gozar te contentes
de vencimientos mayores.
Que en cambio de que á Judèa
tus exercitos perdonen,
sacando de Palestina
tus soberbios Esquadrones,
assegurarte promete
de nuevas alteraciones,
con que del Turco, y del Persa
lo que les ganaste gozes.
Uniendo los dos las Armas,
uniendo fuerzas conformes,
què importaràn de sus gentes
los arrogantes blasones?
Si entras en Jerusalen
de paz, vistiendo en su Corte
almalafas la hermosura,
y la valentia albornoces.
Te darà algunas Reliquias
de vuestras adoraciones,
de las que decis, Christianos,
que divididas son Dioses.
Si aunque ganes mas Imperios,
no puedes ganar mas nombre,
si perdiendo una victoria
se pierden tantos honores.
Por què por el bien seguro,
el incierto mal escoges?
Cerca estàn los precipicios
de las fortunas mayores.
Si los Turcos, los Egypcios
vuelven à ponerse en orden,
en riquezas tan valientes,
en Armas tan superiores:
con què fuerza has de esperarlos?
donde huiràs de sus favores?
Fiaste en que el Rey de Grecia
te ha de socorrer entonces,
por la liga que haveis hecho?
confianza en Griegos pones?
no sabes ya sus engaños?
la Griega fè no conoces?
Yo quiero que sean del Cielo
estos fatales favores
de no vencerte jamàs,
porque tus Armas socorre:
Venceràte aquel mayor
enemigo de los hombres;
venceràte, al fin, la hambre,
que tiene fuerzas mayores.
Contra la hambre forzosa,
què maquinas, dime, opones?
què lanza, què azero empuñas?
quemados tienen sus montes
aquestas providas manos
de aquestos habitadores,
talados tienen sus campos,
y destruidos sus bosques.
De donde, dime, Gofredo,
te has de sustentar? de donde
han de socorrer tu campo
tus hambrientos gastadores?
Diràs, que en tu Armada esperas;
si el mar tus quexas no oye,
del viento pende tu vida,
en que favorable sople.
Quando el mar fijas, y el viento;
no podràn (en liga entonces
mi Rey, el Turco, el Persiano)
juntar Armadas mayores.
Quando, al fin, no se juntassen;
y con nuevos Paladrones
entrar quietas la Ciudad,
y apretado cerco formes.
Jerusalen es tan fuerte,
tiene tantas municiones,
està tan bien bastecida,
que primero que la tomes,
primero que de sus muros
ganes la primera torre,
avrà dado el Sol mil veces
enteras bueltas al Orbe.
Vosotros, que tantos daños

esperais (fuertes Varones)
coged con tiempo las velas,
temed del viento los golpes.
Mahoma quiera, Gofredo,
que mejor consejo tomes,
para que respire el Asia,
si, al fin, las Armas depones.

G. f. Si celebra mis victorias
tu Rey con tantas memorias,
lauro será de mi fuerte;
aunque de ellas solamente
se deben à Dios las glorias.
Quanto à la amistad propuesta
de todo el valor pagano,
quanto à la liga propuesta
del Egypcio, y del Persiano,
te darè facil respuesta.
Sabràs, que quanto mi Armada,
quanto mi gente alentada
en mar, y tierra ha sufrido,
por acercarnos ha sido
à Jerusalèn sagrada.
No he de alzar el cerco en tanto
que en libertad no pusiere
de Christo el Sepulcro Santo;
antes el Jordan espere
correr mas sangre que el Xanto.

Levantase Argantes furioso.

Arg. La paz vuestro error destierra?
guerra, y paz mi pecho encierra:
guerra, ò paz escoged luego.

Tod. Guerra, guerra à sangre, y fuego.

Arg. Pues aqui os traygo la guerra.
Veis este ayrado tropheo
de Hircania Tigre? veis esta
de fiero Leon Nemèo
manchada, y furiosa testa?
Aqui està vuestro deseo.
La guerra pides, Christiano?

Gof. Guerra pido. *Arg.* Aquesta mano
à batalla os desafia,
quede desde aquesta dia
abierto el Templo de Jano.

Tan. Presto aquessas fieras sañas
verè à mis manos rendidas.

Arg. Mas presto en estas campañas
con vuestras sangrientas vidas
alzarè horribles montañas.
No basta decir, Argante
(pues soy rayo fulminante)
para daros horror fiero?

Rein. Qualquiera Christiano azero
es rayo à qualquier Gigante.
Mira, qual serà el que aguardas?

Tan. Sabes la furia què esperas?

Arg. Presto volverè. *Tan.* Ya tardas;
pero allà irè, aunque vencieras
a las infernales guardas.

G. f. Di al Rey, que acepto la guerra;

Solim. Presto veràs quanto yerra
el consejo que has tomado.

Rein. Quando?

Arg. Quando Argante ayrado
cubra de muertes la tierra.

Quitase Gofredo la espada.

Gof. Aquesta famosa espada
aumentarà tu valor,
al Rey de Persia quitada:
toma, Argante. *Arg.* Este favor
veràs en la guerra airada
como agradecerle espero.

Tanc. Aguardame, Argante fiero.

Arg. En el campo me hallaràs:
presto, Gofredo veràs
trocado en rayo tu azero.

Vanse Soliman, y Argante.

Gof. A Jerusalèn, Soldados,
el que os anima es Gofredo;
romped sus muros sagrados;
ea, Reynaldos; ea, Tancredo,
venced aquessos cercados.
Esta de Christo es la tierra,
alli la causa se encierra
de nuestra empressa famosa,
guerra aclamad rigurosa.

Rein. Guerra, al arma. *Tan.* Al arma.

Tod. Guerra. *Vans.*

Salen Aladino, Rey de Jerusalen, Ism.

no, viejo, Arminda, Moros, y Moras de acompañamiento.

Alad. Assi han llegado seguros
los Christianos atrevidos
à cercar mis fuertes muros?
Ism. Si estàn bien fortalecidos,
què temes daños futuros?
Què ardides bastan estraños,
si para mayores daños
en ti su desdicha apoya?
Alad. Mi Ciudad mejor que Troya
sufriera el cerco diez años.
Ism. Estèn de tus rayos llenas,
si igualaren tus Almenas
con los Arietes Romanos.
y a los cautivos Christianos
dobla, señor, las cadenas:
Que en su alegria considero
muchas señas atrevidas.
Alad. Esso no, porque primero
seràn sus infames vidas
su mesmo sepulcro fiero.
Ism. Con essa victima impura
victoria Alà te assegura;
que haciendo tales castigos
seràn de tus enemigos
estos campos sepultura.
Arm. Què temes fuerza Divina,
si Arminda està en tu favor?
Ism. Segura es à Palestina,
si està en tu ayuda, señor,
la ciencia de mi sobrina.
Ella sola puede hacer
con su Magico saber,
que al Francès venga a faltar
el ayre en que respirar,
las fuentes en que beber.
Alad. No es mucho, q estèn seguros,
si beldad, y ciencia, Arminda,
son las guardas destos muros.
Arm. Presto ha de ser su homicida
la fuerza de mis conjuros.
Presto los encantos mios
à las fuentes, y a los rios
bañando en fuego inhumano,
beberà el infiel Christiano
veneno en crystales frios.
Presentales la batalla,
que de mi furia animado,
veràs como el Francès halla
en cada menor Soldado
una encantada muralla,
Harè, que tiemble la tierra
donde el Christiano se encierra;
sus tiendas abrasarè,
y el Orbe trastornarè,
para darle mayor guerra.
Alad. Con esse valor constante
pienso humillar sus aceros,
vencer su fuerza arrogante.
Arm. Ya de su Embaxada fieros
vuelven Soliman, y Argante.

Salen Soliman, y Argante con acompañamiento, y èl con la espada que le diò Gofredo en la cinta puesta, y quita la suya.

Solim. Gran Rey de Jerusalèn,
arma tus fuertes Soldados,
de guerra en el muro estèn;
pues los valientes Cruzados
la paz te niegan tambien.
Con aquella cortesia,
que tu valor soberano
à Gofredo le debia,
fui de su campo Christiano
tu Embaxador, y tu Espia.
Dixele el valor que encierra
tu gente, si pertinaz
no dexa libre tu tierra,
y negandome la paz,
publicò Argante la guerra.
Arg. Acetòla el Duque, y luego
quantos el pecho cruzaron,
con fatal desasossiego,
à tu Ciudad aclamaron
la guerra à sangre, y a fuego.
La silla arrojè, y atenta
su gente al horror que estampò,
que

que yà en mis ojos rebienta,
desafiè à todo el campo
a la batalla sangrienta.
A mis airadas razones
todos en pie se pusieron,
con furiosas intenciones;
salime, y vì, que lucieron
las Marciales prevenciones.
Gofredo entonces severo
me diò esta espada que ciño,
tomèla, y dixe mas fiero:
presto veràs como tiño
en tu sangre aqueste acero.

Solim. Tu gente anima, Aladino,
porque en el campo Christiano,
que viene, al fin, imagino,
ò todo el poder humano,
ò todo el poder Divino.

Alad. Rabio de enojo impaciente!
Que assi el Francès, mas constante,
en mi amistad no consiente! (te?
Què harè, Ismeno? Què harè, Argān-
Què harè en furor tan ardiente?

Arg. Què, miedo ahora conciertas?
Viste a los Reinos obscuros
las negras bocas abiertas?
Dexa, Aladino, los muros,
abre a tu Ciudad las puertas;
y pon esta espada a parte;
veràs si al Christiano impides,
quando fuera en su Estandarte
cada Soldado un Alcides,
cada Capitan un Marte.

Ism. Oyendoos atentamente,
en los dos he conocido
el consejo diferente;
en ti, el valor atrevido;
y en ti, el esfuerzo prudente.
Mas yo resuelvo, señor,
en caso tan apretado,
que es bien, con traza mejor,
templar el furor ossado
con el prudente furor.
Quiero que un ardid estraño
a todo el valor iguale;
valga el ingenioso engaño,
donde la ciencia no vale,
repare Arminda este daño.

Alad. Arminda lo ha de poder?

Ism. Si, señor, porque si Arminda
es tan hermosa muger,
y beldad tan entendida,
què fuerza no ha de vencer?
Ella, pues, que como sabes,
de la Magia entiende tanto,
formando encantos mas graves;
aunque no es menor encanto
el de sus ojos suaves.
Al campo enemigo vaya,
y porque en rostro, y vestido
mayores hechizos haya,
bañe el rostro amor fingido,
y el trage olor de Pancaya;
que si enciende su hermosura,
si engaña su hechiceria,
si suspende su dulzura,
bien podràs por ella un dia
tener victoria segura.

Alad. Como?

Ism. Apartando a Gofredo
de la empressa comenzada;
ò rindiendo enamorada
a Reinaldos, ò a Tancredo.

Alad. Con este nuevo favor,
ò Princesa de Damasco!
al mundo pondrè temor.

Arm. Desde el Oriental peñasco,
que es frente al Jordan mejor,
al Arroyo de las Palmas,
al Monte de las olivas
abrasarè en dulces calmas;
llamas tenderè lascivas
a los cuerpos, y a las almas.
Presto, Aladino, veràs,
su vida en mis brazos presa;
que Gofredo vuelve atràs
de la principal empressa.

Ism. Què empressa no acabaràs,

fi dàs al abysmo miedo
de tus encantos vencido?
Ism. Si no pudiere a Gofredo,
verè a Reinaldos vencido,
ò preso verè a Tancredo.
Tu consejo, Ismeno, sigo.
Alad. Parte, pues, Armida, y vea
el campo del enemigo
otra engañosa Medèa:
por ti a encantarle me obligo;
por tu fè, y mi religion,
veràs, que estos vencimientos
dignos de mi ciencia son. *Vase*
Arg. Dexa los encantamientos
de la Magica ilusion,
que las fuerzas varoniles,
las Armas no han menester
los engaños mugeriles,
sino morir, ò vencer
con el esfuerzo de Aquiles.
Suenan Clarines, y entra Clorinda à cavallo, armada, y con lanza, y escudo, y de pie su Escudero Alete, Moro viejo.
Alad. Què hermosa vista! Quien es
tan bella, y fuerte guerrera,
sino es del campo Francès?
Arg. En la brillante cimera,
y en el luciente pabès,
a Clorinda he conocido,
la Mora mas bella, y fuerte,
que en todo Egypto ha nacido.
Ism. Palas seria desta suerte
con el Troyano vencido.
Apease, y sube al theatro, tomando la lanza, y el escudo.
Clor. Famoso Rey Aladino,
cuyo nombre tiembla Europa,
cuya fama escucha el Asia,
hasta el Reino de la Aurora.
Tu, que a pesar del Christiano,
que yà inquieta tu Corona,
de Damasco, al Monte Nebo,
los ricos tributos gozas.
Tu, a quien en paz del Sabèo,
que distila sus aromas,
parias el Libano ofrece
de sus myrrhas olorosas.
Tu, a quien de Tyro, y Sydon,
para tus granas pomposas,
las purpuras te tributan
sus mesmas nativas conchas,
Clorinda soi; si mi fama,
en quanto el Sol arrebola
en su Oriente, y en su Ocaso,
no has escuchado famosa.
Aunque si escuchaste un tiempo
las mugeres valerosas,
que la antiguedad celebra
en sus sagradas historias.
Yo soi, famoso Aladino,
la que sus laureles borra,
ò a mi pecho se han passado
todas las almas de todas.
Clorinda soi, que sabiendo
que a Jerusalen ahora
llegò el Francès atrevido,
sobervio con sus victorias.
Sabiendo, llega Gofredo,
que con sus gentes furiosas
bañò de sangre el Orontes,
ganò el Reino de Antioquia.
El que del Turco, y del Persa,
viò tantas Esquadras rotas,
de quantos alfanje empuñan,
à quantos el arco corban.
Oy en tu ayuda he venido,
no con fuertes Amazonas,
como yà Pantasilèa
conduxo en favor de Troya.
Bien que en el Asia mi fama,
emulacion generosa
de la que a manos de Aquiles
rindiò sus valientes glorias.
Sola mi persona traigo,
aunque basta mi persona
a todos essos Christianos,
si vuelvo a enlazar la gola.
Si corrigiendo un cavallo

la ligereza espumosa,
embrazo este fuerte escudo,
y empuño esta lanza sola.
Presto con sangre Christiana
verás del Jordan las olas,
que al mar no puede llegar,
ò llega con plantas rojas.
Presto me verás, flechando
mis saetas venenosas,
hacer las unas escudos
de las puntas de las otras.
Yà yo conozco a Gofredo,
que en el cerco de Antioquia
hemos probado los dos
las espadas sanguinosas.
Yà yo conozco à Tancredo;
mas, ay, ardientes memorias! *Ap.*
solo por hallarlo vengo
pisando abrasadas sombras.
O amor, què valor no humillas!
despojo soi de tus pompas,
rendida sigue Clorinda
el carro de tus victorias.
Yà yo conozco a Reinaldos;
cuya espada, en Asia sola
Tridente ha sido del mar,
rayo de la tierra toda.
A Jerusalen te cercan;
pero, Aladino, què importa,
si està Clorinda en tu ayuda,
que para mil mundos sobra?

Alad. Què caminos anda el Sol,
Clorinda fuerte, y hermosa,
donde no suene tu fama,
y tu nombre no se oiga?
Aqueste baston es tuyo,
General hermoso, toma
a cargo aquesta Ciudad,
rige tu mis gentes todas.

Clor. Adonde tienes a Argante,
que con fortaleza propria
no pidiera Atlante ayuda,
al ombro las cinco Zonas,
yo he de tomar el baston?

Arg. Donde estàs, Clorinda, sobran
todas las humanas fuerzas,
pues son las tuyas gloriosas.
Siendo tu mi General,
tiemblen mis manos fogosas
(pues yà les fulminan rayos)
aquestas Christianas tropas.

Clor. Deten, valeroso Argante,
essa espada fulminosa,
què mientras no la suspendes
no tiene Marte mas honra.

Arg. Què venenos en la vista!
què viboras ponzoñosas
en ella escondes, Clorinda,
airadamente amorosa!
como enciendes mis sentidos
en llamas abrasadoras!
bolcanes mi pecho espira
por muchas ardientes bocas.

Clor. Alto, pues, vamos al muro,
y baxen desde sus rocas
las esferas abrasadas
en alcancias, y bombas.

Todos. Viva el valor de Clorinda.

Alad. Vamos, divina Belona,
que tu hermosura bastàra,
què las almas no perdona. *Vase.*

Salen Tancredo, y Tristàn.

Tan. A questa noche procuro
mirar por donde el assalto
daremos mañana al muro:
por aqui està menos alto.

Trist. Si, pero està mas seguro. *Acuàn*

Tan. Por què? *Trist.* Porque esta mon-
sospecho, que es el Calvario,
y si el miedo no me engaña
(que de noche es temerario)
no tengo por buena hazaña
inquietar al mal Ladron,
que ha de estar aquí enterrado,
ò que piense, en conclusion,
que nos havemos soltado
de un passo de la Passion.

Tan. Y aun Judas pudieras ser,

rica, Tristàn, lo que dudas.
Trist. Mui bien lo puedes creer,
pues qualquier criado es Judas
en el besar, y el vender.
No tuvo Judas razon;
mas què no harà un despensero?
Tan. Ay, impossible aficion,
què fin en tu muerte espero!
Trist. Quieres, que del mal Ladron
lleve a un Sastre una costilla,
que debo en Francia la hechura
destas calzas? *Tan.* Què no humilla
tu fuerza, amor! què segura
alma podrà resistilla?
Trist. Què tu passion no han vencido
las armas? *Tan.* Como, si encierra
mil esquadras mi sentido?
què paz hallarè en su guerra,
si en su furor ha nacido?
Ay, Tristan, desde aquel dia,
que el alcance victorioso
de los Persianos seguia,
y que parè caluroso
junto aquella fuente fria:
desde que Clorinda bella,
descubierta la celada,
llegò tan cansada a ella,
dexò mi alma abrasada
casi a la menor centella:
Trist. Què ley, de quien no la guarda,
què fè, de quien no la tiene,
tu impossible amor aguarda?
Tan. Mi vida amor entretiene
con la esperanza que tarda.
A Clorinda he de buscar,
en dando fin a esta guerra,
que en Antioquia ha de estàr;
ò en quanto toda la tierra
mira el Sol, y ciñe el mar.
Trist. Si en Antioquia, señor,
la hablaste, si tal desden
pudo ablandar tanto amor;
si allà de Jerusalen
se sabe el cerco mejor,
quien duda, que por buscarte
venga a socorrer el muro?
y si amor la enseña el arte
aun aqui no estàs seguro.
Tã. De què? *Tr.* De q̃ venga a hablarte:

Salen Clorinda, y Alete à la muralla.

Gente en el muro he sentido.
Ale. Fiado en essa montaña,
està desapercebido
por aqui el muro. *Clor.* Què hazaña
intenta, amor, mi sentido!
Buscando vine a Tancredo,
en socorro de Aladino,
por vèr si encontrarle puedo
en el sangriento camino
desta guerra. *Ale.* Habla mas quedo;
que en aqueste campo obscuro
gente siento.
Clor. Quien al Cielo
quiere atreverse seguro,
sin baxar ceniza al suelo?
Tan. Quien le guarda?
Clor. Vn rayo puro,
una furia, que en la tierra
todo lo dexa deshecho,
con mas rigurosa guerra;
una muger, que en el pecho
a Marte, y amor encierra.
Clorinda soi. *Tan.* Cosa es clara;
pues su voz he respetado
como si su voz baxàra
del Cielo. *Trist.* Si i acertado?
Tan. Y aun Propheta; oyes, repara.
Clor. Clorinda soi, no os dà miedo
mi nombre?
Tan. Y es bien me assombre,
pues vivir sin èl no puedo.
Clor. Quiero decirles mi nombre,
para que sepa Tancredo,
que estoi en Jerusalen.
Tan. Ella estarà bien guardada
con tal belleza, y es bien,
que siendo Ciudad sagrada,
Angeles por guarda estèn.

Clor. Estarà al menos segura
de quien llegàre atrevido,
si defenderla procura
mi amor. *Tan.* Otra vez he sido
Faeton de aquessa hermosura.
Tancredo soi, que a tus manos
debe piedad tan gloriosa.
Clor. Fuerte Sol de los Christianos!
Tan. Divina Palas hermosa!
tu en sus muros soberanos?
tu en Jerusalen, señora?
Clor. Por hallarte solamente
vine desde Persia ahora,
y fuera a la Libia ardiente,
de Sierpes engendradora.
Andarà mi voluntad
con el Sol igual camino.
Tan. Si tiene con tu deidad
el socorro mas divino,
què teme aquessa Ciudad?
què teme, si en ti ha venido
todo el Cielo en su favor?
Clor. Tu valor nunca vencido,
que es enemigo mayor:
la guarda nos ha sentido.
Vete a tu tienda, mi bien,
que tengo en mis dichas miedo,
que te he de perder; tambien
por ti perdono a Gofredo.
Tan. Yo por ti a Jerusalen.
Vanse, y salen Gofredo, Reinaldos, y Soldados.
Gof. Franceses fieros, esquadrõ cruzado,
mañana he de empezar la empressa sàtes;
ya la maquina fuerte se ha acabado,
que sobre las murallas se levanta.
El Sol apenas nacerà, bañado
en el sacro Jordan, quando otra planta
mayor, q̃ viò Scipion sobre Cartago,
sea de Jerusalen furioso estrago.
Rei. Tu puedes solo libertar el muro,
pues tantos Reyes tu valor inclina,
que el velo de tu Fè, piadoso, y puro,
merece bien hazaña tan divina.
Gof. En tu espada, Reinaldos, asseguro
la destruicion de toda Palestina:
tu la Torre govierna. *Rei.* Veràs luego
llover al muro un Mongibel de fuego.
Sale un Paje.
Paj. Cubierto el rostro de delgados velos
hablarte quiere una gallarda Mora.
Gof. Dile, que entre.
Sale Arminda cubierto el rostro, quitasele, y arrojase à los pies de Gofredo.
Rei. Parece que los Cielos
abrevia en luzes tan divina Aurora;
no vieron tal belleza Chipre, ò Delos
en Venus, ni en Diana!
Gof. Alzad del suelo,
enjuga el llanto de tu luz serena;
y di la causa de tu amarga pena.
Arm. Principe invicto, y famoso,
cuya fama tiembla el Ganges,
cuyo nombre, aun en los Cielos
respetan los dos Athlantes.
Generoso vencedor,
pues tu piedad es tan grande,
que tus conquistados Reinos
adoran tus pies triumphantes.
La fama de tu clemencia
tanto puede, tanto vale,
que con ser yo tu enemiga,
de ti he querido ampararme.
Aunque contrarios en Fè,
la tengo en ti tan constante,
que por ti cobrar espero
la Corona de mis padres.
Otros, contra su enemigo,
de sus amigos se valen:
yo pido al revès, Gofredo,
victoria contra mi sangre.
Quando a otros quitas los Reinos
y sus soberbias abates,
ya te pido yo, que el mio
me restituyas, y ensalces.
Princesa soi de Damasco,
y el Rey Arbolàn, mi padre,

hermano fue de Aladino,
si es razon que assi le llamen.
El Rey de Jerusalen,
cuya Ciudad oy combates,
cuyos muros, ruego al Cielo,
coronen tus Estandartes.
Muriò mi padre, y mandò
a su tutela entregarme;
porque en poder de mi tio
con pompa igual me criasse.
Pensò, que de su lealtad
pudiera, señor, fiarse
mi poca edad, y mi Reino;
hasta poder governarle.
Mas viendo, al fin, que crecia
Reina de las voluntades,
y esperanza de mi Reino,
que ya pretendia casarme,
entrò en Damasco Aladino,
y matando sus Alcaydes,
tomando todas sus fuerzas,
conquistando sus Ciudades;
volviò a esta Ciudad, adonde
la vida quiso quitarme,
porque faltando mi vida,
su traicion assegurasse.
Escapème de sus manos,
y esperando que llegasses
a cercar aquestos muros,
como Cathòlico Marte,
a pedirte viene ayuda
(ò Sol de los Capitanes!)
una perseguida Reina,
una muger miserable.
Las lagrimas que derramo
sobre tus plantas Reales,
mueva tu piadoso pecho,
para que en ella me ampares;
antes que Aladino aleve
estos despojos arrastre.
Por aquestos pies, adonde
rendidos Imperios yacen
assi estas manos gloriosas
aquesta conquista acaben,
del Sepulcro de tu Dios,
que mi triste vida guardes,
que mi Reino restituyas,
para que tuyo le llames.
No me niegues el socorro,
pues no pretendo quitarte
desta famosa conquista,
ni pido fuerzas tan grandes;
Con diez Caballeros tuyos,
y los vassallos leales
que tengo dentro en mi Reino;
espero, señor, cobrarle.
Dame tu ayuda, Gofredo,
porque amparador te llame;
porque piadoso te adore,
porque vencedor te cante,
porque tu nombre famoso
todos los siglos le aclamen;
todos los Orbes le teman,
todos los Cielos le ensalcen;

Gof. Bella Reina de Damasco,
si por Dios no se arbolassen
estos cruzados Pendones,
de Dios elegidos antes
para aquesta empressa suya;
si por èl no se empeñassen
estos Christianos estoques
contra essos Turcos alfanges,
no el socorro que has pedido;
estas fuerzas Militares
llevàras luego à Damasco;
mas si aquestos celestiales
Muros de Sion, primero
no conquistan mis Infantes;
por què a las victorias mias
el curso quieres pararle?
Dexa que sobre el Sepulcro
estas Vanderas levante,
que a cobrar despues tu Reino
palabra doi de ayudarte.

Arm. O infeliz estrella mia!
ya no me queda otra parte,
pues que el amparo me niegas
de donde socorro aguarde.

No a ti te culpo; aunque puedes
pequeño favor negarme;
al Cielo si, que en ti ha hecho
la piedad inexorable.
Pues donde huir no me queda,
quiero al tyrano entregarme,
porque mi inocente vida
sus fieras manos acaben.

Rei. O peregrina hermosura!
con que rayos penetrantes
has traspassado mi pecho,
que ya entre tus ojos arde?
Irè en tu ayuda, si el Cielo
tantas vidas me quitasse
quantos rendidos deseos
viven en tus pies constantes.
A quien no obligan, señor,
unas lagrimas suaves
de una beldad desdichada,
que te pide que la ampares?
No puede ya tu piedad
resistirse a ruegos tales;
pues de tu campo no pide
los valientes Capitanes.
Yo, que aventurero sigo
tus Vanderas immortales,
irè, si me dàs licencia,
porque socorro no falte.

Gof. Baste ya, Reinaldos, baste;
dale la ayuda que pide,
con ella a Damasco parte:
Mas no mi consejo esperes,
aunque mi licencia aguardes;
vete, y permitan los Cielos,
que el tiempo te desengañe
de las desdichas que encubren
tan prodigiosos azares.
Tu, del Persiano, y del Turco
tantos despojos ganaste?
tu, tienes sangre Francesa?
tu sigues tan inconstante
estas Vanderas de Christo?
què, quando espero ganarle
su Santa Ciudad, adonde
vertiò su inocente Sangre,
en los peligros me dexas
con enemigos tan grandes?
Vete engañado, y vencido
desta Syrena suave,
que Dios nos darà su ayuda,
quando la tuya nos falte.

Vanse Gofredo, y todos los Soldados.

Rei. Perdone el mundo, y perdonen
quantos despojos triumphantes
espera colgar Gofredo
quando aquesta empressa acabe.
Perdone Jerusalen,
que en las vanderas fatales
de amor, obediente sigo
otras ordenes mas graves.
Dulce encanto, que suspendes,
belleza, que persuades,
lagrimas, que derramadas
enterneceis los diamantes,
muchas almas, y una vida
oy en tu socorro parten;
tiemblen de mi acero quantos
tales agravios te hacen.
Darète a Damasco, y luego
veràn tus triumphos Marciales
del Cielo las cinco Zonas,
y del mundo las tres partes.

Arm. Generoso amparo mio,
que en las passadas edades,
a ser yo Venus, le dieras
mayores zelos a Marte.
Llevandote yo en mi ayuda,
què defensa avrà que baste
quando a Damasco cercaran
todos los distintos mares?
Tu mi Reino restituyes,
y mis enojos deshaces;
dichosas perdidas mias,
pues han merecido hallarte.

Rei. Tu luz seguirè, aunque pises
de Libia los arenales,
aunque tus plantas compitan
con las nieves de los Alpes.

✠ JORNADA SEGVNDA. ✠

Sale Argante, Clorinda, y Alete.

Clor. Oy fuiste, famoso Argante,
en Christianos Esquadrones
el rayo mas fulminante,
rompiendo hasta sus Pendones
quanto topabas delante.
Y yo mirando, que aprestas
tanta maquina contraria,
y tantas vidas supuestas,
desde el muro sagitaria
flechando estuve saètas.
No mas, Argante, no quiero
de los muros amparada,
assi embotar este acero:
presto me veràs airada
vencer al Christiano fiero.
Has visto una Torre alzar,
que mas furioso Gigante
el Cielo quiere assaltar?
pues aquesta noche, Argante,
su maquina he de abrasar.
Arg. Quando tu valor ardiente,
sin que la muerte le rinda,
te arrebata ossadamente,
dexas a Argante, Clorinda,
entre la plebeya gente?
quando tal furia derramas,
que la torre ardiendo en fuego
vence las agenas famas,
quieres que entre el humo ciego
mire yo subir las llamas?
tambien yo quiero salir
a matar para vivir;
tambien sè yo de què suerte
està la vida en la muerte,
pues sè en tus ojos morir.
Oy del Christiano homicida
tendrèmos los dos mil palmas,
pues con fuerzas repartidas,
tu mataràs con dos almas,
yo pelearè con dos vidas.
Clor. Tu acero ampara estos muros;
muerta yo no hai que temer
les vengan daños futuros:
mas muerto tu, en què poder
podràn esperar seguros?
Arg. En vano, Clorinda, son
contra mi resolucion
las escusas que has buscado,
juntos havemos guiado
un mesmo fuerte Esquadron.
Juntos oy en està fè,
si me guias donde vàs,
essas plantas seguirè;
mas si me dexas atràs
adelante passarè.
Clor. Alto, si me has de seguir;
vamonos a prevenir
para esta empressa dudosa.
Arg. Vamos, Clorinda famosa.
Vase Argante, y queriendo seguirle Clorinda, le detiene Alete.
Alet. Adonde vàs, a morir?
a donde vàs a entregarte
con tal belleza a la muerte?
no quieras precipitarte,
teme la contraria suerte,
que ha empezado a amenazarte.
Detente, Clorinda amada,
teme la fortuna airada
que triste fin te promete.
Clor. Echòse la suerte: Alete,
ya yo estoi determinada.
Alet. Pues detenerte no espero
en precipicios tan graves
de tanto lloroso aguero,
una historia que no sabes
quiero decirte primero.
Clor. No vès que Argante me espera?
dexame. *Alet.* Donde ligera
vàs a tan funesta gloria?
Clor. Di, pues. *Ale.* Escucha tu historia
miserable, y verdadera.
El grande Rey de Etyopia,

en cuyo anchuroso Imperio
vive en paz, y Reina ahora,
rigiendo su adusto pueblo,
la Ley adora de Christo,
el que siendo Dios Eterno,
dicen, que de Madre Virgen
hombre naciò verdadero.
Esclavo yo de la Reina,
Moro Egypcio, en su aposento
era guarda de sus Damas,
rayos del Sol, aunque negros.
Era de la Reina el rostro
adusto, si, mas tan bello,
que al Sol excedia mas puro,
en su tierra amar eciendo.
Toda la noche mas triste
eran sus crespos cabellos,
todo el mas sereno dia
eran sus ojos serenos.
Celabala el Rey amante
con abrasados desvelos
del mas atrevido Sol,
aun a los rayos primeros.
Adorabale ella, quando
con mas sospechoso incendio
tanta hermosura guardaba
a los ojos de los Cielos.
En la mesma quadra, a donde
estaba su casto lecho,
una blanca imagen era
de su negra vista objeto.
Era la imagen devota,
a quien con puros deseos
humildemente ofrecia
muchos sagrados inciensos.
De una Virgen que traìa
en la Luna sus pies bellos,
por manto el *Sol*, y la frente
coronada de luceros.
Quedò preñada, y naciste:
oye el mas grave sucesso.
Naciste de negros padres,
a esta imagen pareciendo,
que en su aposento tenia,
y viòse en caso tan nuevo;
que de la imaginacion
son estos grandes efectos.
El furor del Rey tu padre,
tu madre entonces temiendo,
consejo a mi amor le pide,
y yo le di este consejo:
Que encubriendo de tu padre
los ya conocidos celos,
como la causa Divina
de tu hermoso nacimiento.
Y poniendo en lugar tuyo
otra de su color negro,
poco antes nacida, fuesse
de su dolor el remedio.
Hizolo assi, y tu hermosura
entregò a mi blando pecho,
mandandome afectuosa,
que te bautizasse luego.
Caminè contigo a Egypto,
a donde en mi patrio suelo,
como sabes, te he criado,
de tantas ciencias espejo.
Alli de flechas armada,
tràs el Jabalì soberbio,
penetrando de los montes
los mas religiosos senos.
Alli venciendo en las armas,
a los soldados mas diestros,
en la escaramuza fiera
el Caballo rebolviendo.
La fina adarga embrazando,
arrojando el duro fresno,
flechando la ardiente bira,
y jugando el fuerte acero.
Mi Ley, Clorinda, seguiste,
que por descuido, ò por yerro,
hasta ahora no he cumplido
de tu madre el mandamiento.
Què visiones no he tenido,
que me han perseguido en sueños
para que te bautizasse?
esta noche en su silencio,
una Doncella, mas pura

que el Sol, cuyos blancos velos
los de la Aurora vencian,
mostrandome airado ceño:
pues bautismo no la has dado,
me dixo (ay triste sucesso!)
bañada en su misma sangre
le tendrà Clorinda presto.
Partiòse, al fin, de mis ojos,
y yo en mas luces, mas ciego
quedè, quando despertaba
a la primer luz de Febo.
Dexa, Clorinda, esta empressa;
mira que tu vida temo,
mira estos grandes prodigios,
teme estos tristes agueros.

Clor. Alete, en la relacion
de mi nacimiento altivo,
agradezco tu intencion,
pues sè que por ella vivo;
pero en mudar Religion,
como he de mudar el sèr?
no me resuelvo hasta ver
qual me parece mejor.
Y en lo que tienes temor,
que la vida he de perder,
te respondo, finalmente,
que he de seguir con Argante
aquesta hazaña valiente,
quando mirara delante
a todo el Infierno ardiente.

Alet. Ay, mi Clorinda querida!
quanto a esta empressa temida
tiene mi pecho temor.

Clor. Espera tu en mi valor,
y ruega a Alà por mi vida.

Vanse, y sale Arminda, y Reinaldos.

Rein. Ya Reinaldos, Arminda,
vencido sigue tus hermosas plantas,
con alma tan rendida, (tas
q̃ quando fuera tu hermosura a quã-
Provincias mira Apolo,
quando Damasco fuera
todo el elado Polo,
ò todo el Clima ardiente,
mas firme te siguiera, (sa
donde por coronar tu frente hermo-
todo el Orbe venciera. (fredo
Quando entraste en la tienda de Go-
abrasando mi alma en tus amores,
Sol fuiste con saètas,
ra yo fuiste de flores.
Quando con tanta pena
socorro le pediste,
para cobrar tu Reino,
tan suave Sirena
de mis sentidos fuiste,
que quando Vlises fuera,
no me atàra a la nave,
donde si te escuchàra
segunda vez muriera.
Pequeños son, si mis intentos mides
con mi firme deseo,
los trabajos de Alcides, (pheo:
si has de ser de mi amor dulce tro-
pues por servirte, Arminda,
el mar abreviarè como Teseo;
con muchas almas, y con poca vida.

Arm. La compuesta belleza,
Reinaldos generoso,
la airosa gentileza
en el desprecio hermoso
de las perlas, y flores,
los olores Sabeos
que espiraba el vestido,
los mas libres deseos
el mas libre sentido.
El socorro pedido,
con engañoso llanto
para cobrar mi Reino,
todo fue dulce encanto,
para q̃, ò ya venciẽdo la hermosura,
ò obligando la pena,
traxesse los mejores Capitanes
de tu campo Christiano,
a mi prision obscura,
ò a mi mortal cadena.
Vences pensè a Gofredo,

para obligarle de su g ãde empressa;
vencer pensè a Tancredo (sa:
el alma entonces en mis brazos pres-
encenderte pensè, Reinaldos mio,
disfrazando en mis ojos el veneno;
todos fueron engaños de mi tio,
consejo fue de Ismeno,
viendo al Rey Aladino
en su Ciudad cercado;
mas ya troq̃, Reinaldos, el cuidado,
errè todo el destino,
errè toda la empressa, y el camino:
pero ya no me pesa,
pues q̃ tu fuiste la mayor empressa.
Vencerte pretendi, mas yà mi vida
està a tus pies rendida:
matarte pretendi, mas ya q̃ espero
quando a tus ojos muer[illegible]?
Reina soi de Damasco, finalmente;
si correspondes ardiente,
de mi Reino tendràs el señorio,
una corona le darè a tu frente,
y un alma te darè, Reinaldos mio.

Rei. En mas estimo, Arminda,
llamarme dueño de tus ojos bellos,
en mas estima el alma agradecida
hallar tu gracia en ellos,
q̃ el Reino de Damasco q̃ me ofreces
quando Damasco fuera
quanto mira la esfera.
Mas quando de tu amor lisonjeado
me ciñeran la frente mas coronas,
que los Orbes de Zonas,
pues ya no has menester el favor mio
no dexarè la empressa comenzada,
hasta que del Jordàn el santo Rio
beba libre el Christiano;
hasta que el peregrino
en el marmol de Christo Soberano
llegando, al fin, devoto,
absuelva su camino,
cumpla su voto.
El mundo todo atento, (ve;
para esta grande empressa se cõmue,
desde el que el T[illegible]nais bebe,
hasta el que habita el Nilo,
que de Menfis Egypcia
las Pyramides besa;
y quieres tu q̃ dexe yo esta empressa?
Està el valor Christiano
abreviado en su mano,
esgrimiendo en su acero
los rayos de Vulcano,
las saètas que vibra el Parto fiero;
està G[illegible]fredo altivo,
si a Marte no espantoso,
representando al vivo
a Josuè glorioso:
està Tancredo, rayo fulminoso
del Asia, que [illegible]
entre sus plantas su valor confiessa;
y quieres tu q̃ dexe yo esta empressa?

Ar. Sabes q̃ estàs en mi poder, Reinaldos?
sabes q̃ a mi poder no hai fuerza alguna
si en mi ciencia se emplea,
sabes que soi afrenta de Medèa,
conjurando los montes de la Luna?

Rei. Quando en tì se abreviara el furor
de los abysmos ciegos, (junto
quãdo a tu encãto, Arminda, à tus
las esferas dexàras suspẽdidas, (ruegos
no has de mirar mis plantas detenidas.

Arm. Como no? ingrato, espera:
Dioses del Lago Averno,
encendida Meguera,
que del abysmo eterno
en los Reinos obscuros
os rinden mis conjuros,
llevadnos juntos donde
en las remotas partes del Oriente
el Palacio se esconde
de la Magica Arminda,
llevadle al lazo de mi amor asida.

Abrazàse, y corre una invencion hasta ponerlos en el vestuario, con mucho ruido de fuego, y salen por otra puerta Argante, y Clorinda con luces, y tapados.

Arg. Ya eſtamos, Clorinda fuerte,
dentro del campo Chriſtiano,
mucho querria no perderte
mientras eſta ayrada mano
es eſpada de la muerte.
Clor. No temas, que el paſſo fiero
todo el mundo me detenga,
porque quando el mundo entero
a impedir el fuego venga,
me queda, Argante, eſte azero.
Arg. Eſta es la Torre, procura,
que en dando fuego ſigamos
ſenda a la Ciudad ſegura.
Clor. No temas que nos perdamos,
aunque la noche es obſcura.
Arg. Sigueme, Clorinda. *Clor.* Eſpera,
pues tanto furor derramas,
verás la Maquina fiera
deshecha en ardientes llamas,
preſtar rayos a la esphera.
Entranſe, y ſuena dentro ruido de fuego, y de trompetas, y vuelven à ſalir ſin hachas.
Arg. Ya ſe vè abraſada en fuego
la Torre, y ya al Cielo ſube,
entre tanto abyſmo ciego,
toda una encinada nube;
ya, con mas deſaſſoſsiego,
la guarda nos ha ſentido:
no la eſcuchas? *Dent.* Guerra, guerra.
Arg. Quieres que el fuego encendido,
que en mi de tu amor ſe encierra,
mate al Chriſtiano atrevido?
Clor. Huyamos a la Ciudad,
que el poder del mundo viene
ſobre noſotros.
Vanſe, y ſalen Tancredo, y Soldados.
Tan. Llegad;
quien tan grande valor tiene
para tal temeridad?
Sol. Dos Moros armados fueron,
que tan furioſos llegaron,
tan fuertes le reſiſtieron,
que la Maquina abraſaron,
y à la Ciudad ſe volvieron. *Vanſe.*
Sale Clorinda con la eſpada deſnuda.
Clor. En la airada confuſion
de tanto Clarin ſonante,
de tanto fiero Eſquadron,
perdi al valeroſo Argante:
ſombras quantas piſo ſon.
Y el aire denſo, y obſcuro,
que del gran fuego ha quedado,
roba a mis ojos el muro,
y a mis plantas ha borrado
el camino mal ſeguro.
Sale Tan. Por el ſangriento camino
que dexa (entre ſombra incierta
deſta noche tenebroſa)
eſte ſoldado valiente,
ſigo ſu planta furioſa.
Clor. Parece que ſuena gente.
Tan. De ſu eſpada riguroſa
embidioſo vengo a eſtàr,
pues aunque a ſu azero oſado
mi gente he viſto matar,
con embidia me he parado
à vèrle herir, y matar.
Clor. Què quieres, que de eſta ſuerte
ſiguiendo mis paſſos vas?
què buſcas? di.
Tan. Guerra, y muerte.
Clor. Pues guerra, y muerte hallarâs
en aqueſte brazo fuerte.
Empiezan la batalla.
Preſto veràs mi furor.
Tan. Quien eres, que aſsi has podido
reſiſtirte a mi valor?
Clor. Quien verà el tuyo rendido,
ſi el tuyo fuera mayor.
Tan. Sabes que mi pecho encierra
todo el valor abreviado
de aqueſta ſangrienta guerra?
Clor. Sabes que mi azero airado
es incendio de la tierra?
Tan. Rayos, como el Cielo, tira
mi eſpada. *Clor.* Contra eſſos rayos
bolcanes mi aliento eſpira.
Tan. Del infierno ſoi deſmayo.
Clor. De los Cielos ſoi la ira.
Vuelveſe Tancredo atràs.
Tan. Suſpende el brazo, detente;
que ſerà gran deſventura,
que aqueſta hazaña valiente
encubra eſta noche obſcura
no tanto valor ardiente.
Que en dia mas ſecreto
un teatro merecia
cubra de la noche el ſeno:

Clor. Mirando tu valentia
la suspension te condeno.
Hasta morir, ò vencer,
vuelve a la batalla. *Tan.* Espera.
Clor. Què puedes de mi querer?
Tan. Saber quien eres quisiera.
Clor. Para què? *Tan.* Para saber,
en la gloria de vencerte,
ò perdiendo aquesta gloria,
a quien en trance tan fuerte
debo tan alta victoria,
ò la honra de mi muerte.
Dime tu nombre, si el ruego
tiene en las almas lugar.
Clor. Yo siempre mi nombre niego,
mas soi quien pudo abrasar
la Torre en ardiente fuego.
Vno soi de los Soldados
que la maquina encendieron.
Tan. O Cielos commigo airados!
tus brazos son los que fueron
a tal valor destinados?
Clor. Estas son las mismas manos
que la Torre en humo ciego
dieron a los aires vanos;
y yo quien matè mi fuego
en sangre de los Christianos.
Tan. Presto acabarâs en èl,
que haver tan barbaro hablado,
y callar tu nombre infiel,
ambas cosas me han llamado
à la venganza cruel.
Clor. Presto veràs tu intencion
muerta a mi terrible saña.
Tan. Rindete. *Vuelven à la batalla.*
Clor. Mis brazos son
como el roble en la montaña
al atrevido Aquilon.
Tan. Cansado està tu valor.
Clor. Ahora de nuevo empieza.
Tan. Mira si es grande tu error,
que muerta tu fortaleza,
pelèa solo el furor.
Pero esta mortal herida
acabarà nuestra guerra.
Clor. La fuerza tengo perdida:
muerta soi. *Tan.* Cayò en la tierra.
Clor. Yo te perdono mi vida.
Ya en esta batalla grave
llevas del cuerpo la palma,
del alma no, antes que acabe
dale bautismo a mi alma,
para que sus culpas labe.
Tan. Ay despierto corazon!
què presagios adivinas?
aclara esta confusion,
què dolores imaginas?
muertos mis luzeros son.
Descubre la cara.
Cielos, Clorinda es aquesta!
Ay luz del Sol eclipsada,
en tanta noche funesta!
ò victoria desdichada,
pues que dos vidas me cuesta!
quanto mejor, noche fria,
fue tu silencio profundo?
ahora amanece el dia
para descubrir al mundo
esta aleve culpa mia?
Ay, mis amados despojos!
donde sepulcro os darè?
a donde, en tantos enojos,
mi muerto Sol llevarè?
parece que abre los ojos.
Vives, Clorinda? es el Cielo
con mi dolor mas clemente?
mas, ay, triste desconsuelo,
que ni suena clara fuente,
ni corre libre arroyuelo,
donde poder bautizarte:
en tantas almas vertidas,
quiero a mi campo llevarte
donde cure tus heridas,
ò pueda, al fin, sepultarte.
Tomala en los brazos, y entrase, y sale Gofredo, y Soldados.
Gof. Oy el segundo assalto
hemos de dàr a la Ciudad Divina;
por mas que de lo alto
baxe los rayos q̃ su ardor fulmina;
oy porque os sirvan de alas,
al muro arrimareis fuertes escalas,
que si atrevidamente
os quemaron la Torre de madera;
oy, Esquadron valiente,
haveis de ser otra Ciudad entera,
que a los muros opuesta
arrimeis otra Maquina funesta.
Con las mantas de azero
al

al muro llegareis mas defendidos,
a batirle primero,
presto, soldados, los vereis rõpidos,
que quien por Dios pelèa,
cerca està la victoria que desea:
1. Què harèmos oy atentos
en la conquista desta santa tierra,
si ya no hai bastimentos?
si faltan ya los nervios de la guerra?
porque Aladino airado
hasta el Jordan los cãpos ha talado.
2. Fuego es el campo ameno,
letal espira el aire, ardor estraño;
las fuentes son veneno,
què remedio ha de haver, en tanto daño,
si el Soldado mas fuerte
bebe en cristales disfrazada muerte?
3. Què harèmos ya, Gofredo,
si faltan oy nuestros valientes Polos,
Reynaldos, y Tancredo?
si faltan estos, que bastaban solos,
de su valor seguros,
à fixar el pendon sobre sus muros?
Gof. Vosotros que nacisteis
à libertar de Dios el Arbol santo;
vosotros que vencisteis,
siendo del Asia vniversal espanto,
batallas tan famosas,
assi humillàis las frentes generosas?
Oy con razon me quexo
de que penseis, que su favor se acaba,
quien el mar bermejo,
quãdo su pueblo huyẽdo caminaba
por sendas mas suaves,
socorro nos traerà de nuestras naves.
La desgracia os concedo
de faltar en mi campo las columnas
Reynaldos, y Tancredo;
estas son de la guerra las fortunas:
mas ninguna os espante,
quando hai David contra el mayor Gigante.
Reynaldos està vivo,
y si Tancredo aquesta noche ha muerto,
si aquel valor altivo,
q̃ ya la sangre hasta los pies cubierto
dexastes junto al muro,
sepulcro tiene de su sangre puro.
Tened oy confianza
de q̃ en Jerusalen mi airada mano
ha de hazer tal venganza,
que venza la de Tito, y Vespasiano.

Entra Tristàn.

Tristàn. *Trist.* Señor.
Gof. Adonde està Tancredo?
Trist. O à mi amo esconde
la cueva à donde creo
q̃ haziendo penitencia està la Gula;
ò el Cuervo de Eliseo;
tan mal el no comer se dissimula,
que tengo por mas cierto,
q̃ mas la hambre que el valor le ha muerto.
Gof. No es aqueste Tancredo,
con un soldado muerto entre los brazos?

Entra Tancredo con Clorinda toda sangrienta, y èl las armas llenas de sangre.

Tan. Generoso Gofredo,
dexa q̃ estos sangriẽtos dulces lazos
ponga en tu tienda, y luego
mi historia te dirè de sangre, y fuego.

Entrase con Clorinda dentro.

Gof. Quien serà el joben fuerte,
q̃ en guerra tan cruel, y tan piadosa
Tancredo ha dado muerte?
2. Muger, señor, parece.
Trist. Y tan hermosa
(si mal no he conocido)
que ser el Sol de Asia ha merecido.

Vuelve à salir Tancredo.

Tan. Gran Capitan, à quien Dios
por tan gloriosas hazañas
dichosamente ha elegido
para aquesta empressa santa.
Despues que cruzando el pecho
partimos todos de Francia,
de conquistar animosos
estas divinas murallas.
Despues que la Cruz seguimos
de tus Vanderas sagradas
de tantas varias Naciones
estas famosas Esquadras.
Y despues que conquistamos
siete Provincias en Asia,
donde el Reino de Antioquia
ganò mi brazo, y mi espada.
El dia que victoriosos
de tantas gentes Persianas,
le seguimos el alcance

por las sangrientas campañas.
Yo, que en un fuerte Español,
que mordiendo las escemas
del freno, el limado azero
de espuma, y sangre argentaba,
cansado ya de matar,
sangre corriendo las armas,
hasta los pies del Caballo,
de tantas vidas contrarias,
oyendo una clara fuente,
que de una verde montaña;
por mirarlos mas hermosos
sus cristales despeñaba.
Para refrescarme en ellos
el calor que me abrasaba
del Sol, que al Leon entonces
encendia las espaldas.
Dexo el Caballo, y apenas
me acerquè a la fuente clara,
quando una doncella hermosa
(por la misma ardiente causa
de refrescarse en la fuente)
a Caballo llegò armada;
airosamente se apèa,
y mirandome gallarda;
Oriente haciendo a su Sol
al quitarse la celada,
de la mayor hermosura
espejos hizo a las aguas.
Era Clorinda (ay de mi!)
aquella Mora gallarda,
primera Palas de Egypto;
segunda Venus del Asia.
Aquella que tantas veces
(de ti Antioquia cercada)
commigo probò su acero,
contigo midiò su lanza.
Mirèla, y a un mismo tiempo;
en su vista arrebatada,
abrasada de sus ojos
bolò en cenizas mi alma;
O maravillas de amor!
nacido apenas estaba,
quando ya bolava altivo,
quando sus triumphos aclama.
Con la celada se cubre,
que a no sentir que llegaban
otros armados Ginetes,
al combate me llamàra,
La silla al Caballo ocupa,
y embrazando bien la adarga,
la lanza puesta en el ristre,
de mi se partiò bizarra.
Mas como en mi pecho entonces
tan firme dexò su estampa,
que la mano de la muerte
solo ha de poder borrarla.
De aquellas passadas guerras
entre el ruido de las armas;
hallè à Clorinda, y amor,
aunque de fè tan contraria,
de mis puras elecciones
la ocasion assegurada,
concertò nuestras estrellas;
y firmè mis esperanzas.
Aquesta noche, que oyendo
hacer señales la Guarda,
juntarse los Esquadrones,
y tocar apriessa al arma,
sali a mirar la ocasion;
y vì, que toda abrasada
la maquina de madera
era una Torre de llamas.
Y sabiendo, que dos Moros
con dos encendidas hachas
de Jerusalen salieron
à tan atrevida hazaña,
furioso, con mis Soldados,
hasta la Puerta Dorada
lleguè, que al socorro abierta
los dos Moros aguardaba.
Cerraronla prestamente,
viendo, señor, que llegaban
las venganzas de mis manos
en iras mas abrasadas.
Desesperado volviendo
mirè entre las sombras vanas
un Soldado, a quien mi gente
villanamente cercaba.
Embidioso me detuve
à vèr la valiente espada,
con que haciendo rostro a todos
los heria, y los mataba.
Dexando de cuerpos muertos
toda la tierra bañada,
como sangriento Leon
partiò con feroces plantas.
Seguilas yo, y mas airado,

sintiendo que me acercaba,
a mi sè volviò, y furiosos
empezamos la batalla.
Tres veces la suspendimos
cansados ya, y otras tantas
volvimos airadamente
con mas furor a empezarla.
Cerramos, y finalmente
cayendo a mi ardiente saña
con una mortal herida,
pues que ya a mis pies acaba;
Yo, amigo, te la perdono,
me dixo, como a mi alma
agua le dès del Bautismo,
que todas las culpas laba.
Huyô a este tiempo la noche;
saliò mas llorosa el Alva
a vèr mi desdicha, y luego
(ay tragedia desdichada!)
conocì à Clorinda (ay Cielos!)
elòseme en la garganta
la triste voz, y las venas
corriendo nieve abrasada.
No morì luego, aunque pudo
matarme la mesma causa,
porque mi muerte a su vida
era pequeña venganza.
Matarme quise, y detuve
la mano al acero airada,
ò por morir muchas veces,
ò porque el dolor bastaba.
Viendo, pues, atentamente,
que señas vitales daba,
en llanto mezclè la mia
por tantas vertidas almas.
Atèle, al fin, las heridas,
quando yo muerto de tantas,
à vista de su enemigo
sangre otra vez derramaban.
Muerto yo, y ella mal viva,
en mis brazos desmayada
agua le di de Bautismo
en la fuente mas cercana.
A tu tienda la he traìdo,
donde curando sus llagas,
tu dès la vida à Clorinda,
ella à mi la que me falta.
Gof. Dulce, y lamentable historia!
digna de ser dilatada
à los venideros siglos
en los bronces de la fama.
Si la antiguedad divina,
que à la memoria consagra
tantas historias famosas,
la de tu amor escuchàra:
Cessen oy todas, oyendo
ya que à su nombre levanta
Clorinda en sangrientos jaspes,
sino en marmoles de hazañas.
Tancredo fuerte, a mi campo
los mantenimientos faltan,
nuestras Naves, desde el puerto;
à darnos socorro tardan;
ò porque del Rey de Egypto
se opone la fuerte Armada,
ò porque el socorro impiden
sus enemigas esquadras.
Reinaldos, que al lado tuyo
de aquesta empressa sagrada
era otra fuerte columna
contra essas fuertes murallas;
es prisionero de Arminda,
aquella beldad tyrana,
que se le llevò engañado
con relaciones tan falsas.
Reinaldos està encantado
en la deliciosa casa,
que en Oriente tiene Arminda
para las vidas que engaña.
Tancredo, esta empressa es tuya,
tu has de libertarle el alma
de la beldad que le enciende,
la Syrena que le encanta.
Tan. Como partirè, si dexo
la mia en prissiones tantas?
como libertarà à Reinaldos
quien sus cadenas arrastra?
Si està mi vida en Clorinda,
si el alma al partir me falta,
què valor tendrè sin vida?
què vida tendrè sin alma?
què gusto, sin alegria,
si naufrago en en tantas ansias?
Viva sanando Clorinda,
ò muera llorosa en ansias;
ò dexame que piadoso,
si ya Clorinda Christiana;
muerta tan infelizmente,

pisa las regiones claras,
hazeria un sepulcro, à donde
entre victimas de Arabia,
llorosa inscripcion declare
su ventura, y mis desgracias.
Gof. Tancredo, esto ordena el Cielo,
èl imperioso te manda,
que à rescatar â Reynaldos
luego al Oriente te partas.
Corre una cortina, y mirase colgada una rodela con un espejo.
Mira, Tancredo, este escudo,
que con mas divina traza
que la que llevò Persèo
en el escudo de Palas,
quizà le ha formado el Cielo;
en esta lumbre acerada
ha de cobrarse Reynaldos,
mirandose en èl la cara.
Descuelga Gofredo la rodela, y dasela.
Toma, y partete al momento,
con estas gloriosas armas,
en el Palacio de Arminda
à Reynaldos desencanta.
Tan. Què no he de vèr à Clorinda?
que à tan dudosa jornada,
de mi aleve mano herida,
he de partirme, y dexarla?
Gof. Sin mirarla has de partirte;
vn Barco en el mar te aguarda,
en que venciendo sus ondas,
seguro al Oriente vayas.
Parte, y en ausencia tuya,
ten en tu fè confianza
de que sanarà Clorinda
de aquestas mortales llagas.
Tan. Si Dios mi persona elige
para una empressa tan alta,
cumplir obediente quiero
sus ordenes soberanas.
Què nuevo valor que siento!
què fuerza del Cielo estraña
en mi pecho has infundido,
que en nobles iras se abrasa
embrazando aqueste escudo?
Gof. Si quando su acero embrazas
sientes dolor tan divino,
tambien sentiràs la causa.
Tan. Tiēblen mi escudo, y mi acero,
quando à Reynaldos guardaran
como el Vellocino en Colcos
las Serpientes encantadas.
Quando el Castillo de Arminda
entre veladoras guardas
del Cerbero me impidieran
las tres hermosas gargantas.
Tu, Tristan, has de ir commigo.
Trist. Volverà la edad passada;
serè yo tu Gandalin,
y tu mi Amadis de Gaula.
Pero con dos condiciones
te servirè esta jornada,
si eres Caballero andante,
de escudero de mas fama.
Con que has de llevar dineros,
que à los Caballeros que andan
à desencantar doncellas
es medicina estremada.
Tan. Y la segunda, Tristan?
Trist. Tener cierta la posada,
que es triste cosa que andemos
por selvas, y por montañas.
Tan. Ven a ponerme las armas,
ensilla luego el Caballo:
Dame, Gofredo, tus plantas.
Gof. Parte, famoso Tancredo,
y Dios en tu ayuda vaya.

JORNADA TERCERA

Sale Reynaldos, y Arminda.

Arm. Aqui, Reynaldos mio,
sirven a tus amores
el Pueblo destas flores,
y el cristal deste rio;
ambar corren los vientos
al compas de mis dulces pensamientos.
Porque mi amor repares,
que mi deseo confiessa,
abreviarè tu mesa
los vientos, y los mares;
que quien en ti idolatra
vencerà las finezas de Cleopatra.
Ocuparàte el sueño
(si duerme quien bien ama)
la historia en dulce llama
de tu rendido dueño;
y serà el lecho, en suma,
en batallas de amor cāpo de pluma.
vien-

Sientase, y Arminda le pone una guirnalda.

Rein. Si mil almas tuviera
por humildes despojos
de tus divinos ojos
espejos los hiciera;
porque vieras, Arminda,
rendirte muchas almas una vida.
Mas si a tus pies ahora
mil almas no prevengo,
una sola que tengo,
como cien mil te adora:
sepulcro sean tus brazos (zos.
de quien ya muere en tã divinos la-

Arm. Dulcissimas Sytenas
cantad, cantad mis glorias,
olvidad sus memorias,
apretad sus cadenas,
y sea prision mas grave
de sus sentidos vuestra voz suave.

Cantan dentro.

Con la rosa se compara
de la verde edad la fl[or]
que su florida belleza
nace, y muere con el [Sol]
Gozad los dos vuestros [r]ayos,
coged las rosas de amor,
gozad la ocasion, primero
que se pierda la ocasion.

Rein. O què bien canta Arminda!
ò como es su dulce voz
cadena de mis sentidos,
de mi alma suspension!
Gocemos el tiempo ahora
que està nuestro Abril en flor,
antes que edad ligera
marchite la de los dos.

Arm. Don Reynaldos, nuestros lazos
embidia (ò admiracion!)
a las palomas de Venus,
bella Madre del amor.

Suena un Clarin como de lexos.

Rein. No es Clarin el que ha sonado?

Arm. O prodigioso rumor! *a p.*
divertir su temor quiero:
vuelve a mis brazos, que son
mis musicos, que te cantan
la batalla del amor:
escucha.

Dent. Al arma, Soldados.

Alborotase Reinaldos, y quiere levantarse.

Rein. Dadme mis armas, ya voy:
Dadme mi escudo, y mi espada.

Arm. Pierde, mi bien, el temor:
para quien las armas pides,
si yo adoro tu prision?

Vuelve a ponerse echado en sus faldas, y cantan tercera vez.

Al arma, las que seguis
las vanderas del amor,
no quede humana belleza;
que no penetre su harpon.

Arm. Para mi, Reynaldos mio;
sobra todo su rigor.

Rein. Para mi sobra su fuego,
pues que tan vencido estoi.

Suena otra vez el Clarin.

Otra vez el Clarin suena.

Arm. O, siempre airado clamor!
del Mar procede la causa *a p.*
de tan grande confusion.
Sigueme, verè quien puede

Levantase.

(a pesar de mi rigor)
argos del tesoro mio,
surcar el Mar tan veloz.
Sigueme. Rein. Aguarda, mi bien.

Arm. Pondrè a los Cielos temor,
enfrenarè todo el Mar,
detendrè en su curso al Sol.

Vanse, y salen Tancredo, y Tristan, que le lleva el Escudo cubierto, y suena otra vez el Clarin, como quando entran.

Tan. Este, Tristan, es el Puerto;
gracias a Dios, que passamos
por tanto undoso desierto:
Isla encantada pisamos.

Trist. Ya por mi temor lo advierto:
Todo muestra horror sagrado;
què Mago esta Isla esconde?

Tan. Ya, Tristan, hemos llegado
de Arminda al Palacio, à donde
Reynaldos està encantado.
Este es de Arminda el Jardin:
si avrà Reinaldos oìdo
la prevencion del Clarin?

Trist. Bien lo entenderà, si ha sido
en-

encantado Paladin:

Tan. Què lascivo suena el viento!
dime, Tristan, no lo sientes?

Trist. Sabes, señor, lo que siento,
que para los impotentes
este es bravo encantamento.
Què estancia tan soberana!

Tan. Ya yo me abraso de amor:
que parece, es cosa llana,
donde el Troyano Pastor
le diò a Venus la manzana.

Vèn entre unos arboles un padron, de el asida una corneta, todo en una puerta fingida.

Què dice aqueste Padron,
y esta Corneta pendiente?

Trist. Encantos de Armida son.

Tan. Oy verè si eres valiente.

Trist. Ya deseo la ocasion.
Què no huviera yo probado
una selva de aventuras!
Andante soi desdichado.

Tan. Has leido essas locuras?

Trist. Y aun fui Escudero encantado.
O què brava historia esperas,
si vences estos paises!
papilla darles pudieras
à treinta y dos Belianises,
si estos encantos vencieras.

Lee Tan. Tu, q̃ al Palacio de Armida
por senda vàs tan secreta,
deten la planta atrevida;
no toques essa Corneta,
porque perderàs la vida.

Trist. Por Dios, que es bravo rigor;
si es encantado Sotillo,
un silvo fuera mejor.

Tan. Toca, Tristan.

Trist. Ni aun oillo.

Tan. Ya la Vocina he tocado;
yo verè si hai quien me rinde.

Vuelvese la puerta en tocando Tancredo la Corneta, y aparece Clorinda armada.

Clor. Espera, Tancredo, ossado,
veràs si puede Clorinda
vengar su honor agraviado.

Tan. O nuevo engañoso enredo!
si mal herida quedaste
en la tienda de Gofredo,
como al Oriente llegaste?

Clor. Engañado estàs, Tancredo,
que no estàs en el Oriente,
sino en el campo Christiano,
donde tan valientemente
vertiò mi sangre tu mano.

Tan. Luego mi brazo valiente
à libertar no ha venido
à Reinaldos, que en su amor
le tiene Armida vencido?

Clor. Ni tu conoces tu error,
ni Reinaldos presso ha sido.
Saca el acero, tyrano,
pues Clorinda està delante.
Tres cosas he de vengar,
tres te han de quitar la vida,
el quererme bautizar,
y dexarme tan herida,
y el no volverme a curar.

Tan. Pues si eres mi prenda amada
abrazame estrechamente,
dexa el escudo, y la espada,
muera yo gloriosamente
para que quedes vengada.

Clor. Llega a mis brazos, espera;
harete en ellos pedazos.

Tan. Si eres encanto, y quimera,
apretado entre mis brazos
dexarè tu sombra fiera.

Abrazanse los dos, y se hunden, de donde sale mucho fuego.

Trist. Abrazados se han hundido:
ò desdichado Tancredo,
què triste fin has tenido!
què harè (ay de mi!) q̃ ya el miedo
en las calzas lo he sentido?

Baxa una figura, y llevasele, y sale Tanc.

Tan. Què fuerza de encantos graves
(ò obscura confusion!)
viste de temor mis passos,
mis ojos llena de horror?
Entre sombras, y entre luces
desta Magica ilusion,
alli nacen muchos dias,
y alli se muere un Sol.
A la figura abrazado;
que a Clorinda retratò,
parece que a los abysmos
baxamos juntos los dos.

To-

Todo es engaño de Armida;
porque Clorinda quedò
herida infelicemente,
y muerta al haz del amor.
No suena arroyuelo alguno;
ni se escucha humana voz,
porque a estos campos desiertos
ninguna planta llegò.

Cantan dentro.

Donde vàs el Caballaro,
mira, en peligro mayor,
que los passos de tu vida
todos à la muerte son.

Tan. Sin duda que estas montañas,
cuyo encantado temor
son las prisiones de Arminda,
son ya mi mortal prision.

Cantan otra vez.

Libra a Reinaldos, Tancredo,
venza el miedo tu valor,
mira, que aquestos engaños
encantos de Arminda son.

Tan. Si son encantos de Arminda,
que los de Circe venciò,
como Vlises los oidos,
cubrirè mis ojos yo. *Sale Rein.*

Rei. La voz siguiédo del clarin guerrero
me dexò Arminda en este bosque mudo,
alli parece armado un Caballero;
mas quié traerle a estas montañas pudo?
què bien empaña aquel bruñido acero!
què bié embraza aquel luciente escudo!
què ardiéte luz! ò noble ardor encierra
la virtud de las armas, y la guerra!

Tan. Este es Reinaldos (ò piadoso Cielo!)
q a tan dudosa empressa me has guiado?

Rei. Quié eres tu q en este inculto suelo
el Palacio de Arminda has profanado?
sabes, q della, con mayor desvelo,
q los Hesperios frutos, es guardado?

Tan. Sabes q sus encantos vencer puedo
mejor, q Alcides, pues q soi Tancredo?
quādo està toda Europa puesta en guerra
por mirar la Ciudad de Dios vencida,
por cō quistarle a Dios su mesma tierra;
con sus engaños te detiene Arminda?
con sus encantos tu valor encierra?
Vuelve, a dóde en la empressa comézada
Gofredo espera tu valiente espada.
Assi te vistes el lascivo manto?
tu acero assi le adornas de esplendores?
tu frente ciñe afeminado acanto?
y tu vestido està espirando olores?
rompe de Arminda el engañoso encāto,
y mira en este espejo tus errores.

Quita la vāda al escudo y ponesela delante:
suspendese, y turbase al mirarse en èl.

Re. Disculpa de mis yerros puedé darte
hilando Alcides, y llorando Marte.
Ya mi antiguo valor, Tancredo, siento;
ya la prission del alma he desatado;
rompasse del vestido el ornamento,
pues todos mis sentidos ha enlazado;
mas como huirè de aquesse encātamēto,
si en este labyrinto estoi cerrado?
como saldrè, Tancredo? con què estilo
en Creta volverè à coger el hilo?

Tan. Ya el socorro te traigo prevenido,
un Barco nos espera en aquel puerto,
que por orden Divina me ha traido
por los peligros deste mar incierto:
sigueme. *Rein.* Aguarda.

Tan. Mas què voz he oido?

Muestrase Tristan arriba abrazado con
una figura mui fiera, y baxa luego
rodando.

Este es Tristan, q mal herido, ò muerto
de aquestos montes baxa despeñado.

Reim. Valgate el Cielo!

Trist. El mesmo me ha librado.
Abrazado de Clorinda,
cuya belleza te finge
para matarte, ò prenderte
Arminda, esta nueva Circe;
baxaste al abysmo apenas,
quando tu Escudero triste,
quando tu vestigio le lleva
presso un vestigio le lleva
por aquellos aires libres.
Desapareciò, y perdido
por tan confusos paises,
de una espelunca a la boca
mis pies un Gigante impide:
Quien eres? pregunta, y luego;
Escudero soi, le dixe,
honor de los Darineles,
y flor de los Gandalines.
Conmigo estàs en batalla;
me respondiò si no embistes

con

con esta encantada cueva,
que por minas de alcrevite
llega donde està tu amo;
yo entonces, que por seguirte,
ò por hallarte, intentàra
aventuras mas terribles,
lanzandome por la cueva,
me hallè en el infierno, y vide
quan necio que anduvo Orpheo
en querer à su Euridice.

Tan. Pues como, sin ser Orpheo,
tan presto della saliste?

Trist. Porque viendome cercado
de Fantasmas, y de Esfinges,
porque de mi se dolieran,
que era casado les dixe;
y luego un diablo piadoso,
vuelvete, me dixo, y vive:
pero què voces impiden
nuestros passos? *Dent. Arminda.*

Arm. Donde me lleva tu rigor la vida?
detente a vèr mi pena lastimosa.

Rein. Mira q̃ ya se nos acerca Arminda.

Tan. Vamos antes q̃ llegue mas furiosa.

Entra Arminda, y detienelos.

Arm. Assi dexarme quieres ofendida?
vuelve, vuelve la planta rigurosa;
detente, escucha, pues q̃ assi me dexas
al triste son de mis amargas quexas.

Tã. Huye, Reinaldos, de su vista ardiẽte,
y no la escuches dulcemente airada,
mira que viene rigurosamente
de mas beldad, y mas veneno armada.

Detienele Arminda, y èl se suspende.

Rei. Vete, Tancredo, q̃ su vista hermosa
mis libres passos dulcemente enfrena.

Tan. No te venza, Reinaldos, engañosa,
huye la dulce voz de la Syrena.

Ar. Vuelve, amigo, à mi prisiõ dichosa.

Rei. Ya me vuelvo rendido à tu cadena.

Tan. Mirate en este espejo.

Rei. Suelta. *Arm.* Espera.

Rei. Dexame, Arminda, falsa, lisongera;
dexame, aparta; sabes, què me aguarda
en la conquista de Sion, Gofredo,
donde mi honor, y mi persona tarda?

Tan. Al mar, Reinaldos.

Rei. A embarcar, Tancredo.

Tri. Por Dios q̃ la Morilla es tã gallarda,
q̃ si a mi me rogàra. *Ar.* Pues no puedo
reducirte a mi amor, escucha ahora,
oye piadoso una muger que llora:
Vna cosa no mas, pedirte quiero;
y es q̃ me lleves, pues q̃ me has rendido,
q̃ el vencedor no dexa el prissionero,
antes le lleva en su carro asido:
esto añade a tu triumpho verdadero,
q̃ adora tu prissiõ quien te ha vencido,
mire el campo Christiano, y v[...]ã tus o[...]s
como el numero aumẽto a tus despojos.
Dexame que te lleve yo el escudo,
ò que tu escudo en las batallas sea;
passe este pecho, a tu rigor desnudo,
el que el tuyo, mi bien, herir desea:
què barbaro ha de aver, q̃ sea tã crudo,
q̃ quiera herirte, quando entõces vea,
q̃ tu vida en mi pecho està amparada,
ò mire esta hermosura despreciada.

Rei. Enjuga, Arminda, tu amoroso llãto,
que si vuelves en Asia a Palestina,
serè tu Caballero en todo quanto
dexe lugar mi Religion Divina.

Tã. Vuelve al tyrano del Sepulcro Sãto.

Trist. Ya el Baxèl nos aguarda en la
marina.

Rei. Quedate, Arminda, a Dios, y no
desdores
tu sangre, y tu beldad con tus errores.

*Vanse, y salen Aladino, Ismeno, Argante,
y Soldados.*

Alad. Perdi en tan sangrienta historia
a la gran Jerusalen;
cayò en Clorinda su gloria,
ganò el Christiano tambien
con su muerte la victoria.

Arg. Mi error culpan, Aladino,
quando de sangre un camino
abri entre muertos Christianos:
culpe, Clorinda, a sus manos
aquel valiente destino,
que a no cerrar tu las puertas,
si à mis ruegos las dexàras,
essa mesma noche, abiertas,
hasta las tiendas miràras
de sangre todas cubiertas,

Alad. Si yo abriera a tu porfia,
tanto Esquadron te seguia,
que mi Ciudad se perdiera.

Arg.

Ig. Dixarasme tu, que hiciera
de mi muerte eterno el dia,
mas ya fue su fatal suerte:
Clorinda muriò, y con ella
muriò la beldad mas fuerte.
Alad. Ay, Clorinda! ay pura Estrella,
quien podrà vengar tu muerte?
Llore el Asia tu valor,
llore tu muerto esplendor
el adusto Reino Oriental.
Arg. En mi venganza fatal
se templarà tu dolor.
Escuche Jerusalen
la venganza que prometo;
oigala el Cielo tambien,
porque a tan airado efecto
tuyos sus iras me dèn:
que juro, con mas firmeza,
por su ya muerta belleza
vencer en campo a Gofredo,
matar al traidor Tancredo,
y traerte su cabeza.
Ism. Muera el Christiano, y reciba
venganza essa furia ardiente.
Alad. Defienda essa espada altiva
la Corona de mi frente.
Ism. Viva Argante. Tod. Argante viva.
Arg. Pues dexa aquesta prision,
dexa estos muros, que son
los que impiden esta hazaña;
pon, Aladino, en campaña
este cerrado Esquadron.
Dexa que en batalla fiera
aquesta mano guerrera
(pidiendo campo a Gofredo
para matar a Tancredo)
te dè la victoria entera.
Mas (què maravilla estraña!)
no vès en un carro ardiente,
del viento haciendo campaña,
una muger, que la frente
del muro de luces baña?
Aparecese Arminda entre las almenas con artificio de fuego, y baxa al tablado.
Ya baxa por el espacio;
ya baxa por èl al suelo.
Ism. Este es, mi Arminda, el consuelo
desta Ciudad combatida.
Alad. Quien sino tu, bella Arminda,
pudiera ...

pues sin mi ayuda has vencido,
verè al Christiano deshecho.
Arm. El Orbe dexo encendido,
porque es bolcanes mi pecho,
y furias es mi sentido.
Yo, que de amor abrasaba,
ò dulcemente encantaba
quanto llegaba a mirar,
vencia sin pelear,
y sin saberlo triumphaba;
de Reinaldos soi vencida,
Reinaldos me ha despreciado,
huyò burlando mi vida,
y siguiendole, he quedado
mas que vengada, ofendida.
Yo, que al abysmo doi miedo,
vencida soi de Tancredo,
que de Reinaldos traidor,
con fuerza mas superior,
rompiò el encantado enredo:
siguiendolos mi destino,
huyendo mi arido aliento,
corrimos igual camino,
yo, en carro de fuego el viento,
ellos, el mar crystalino.
Al arma, Rey valeroso,
cuyo espiritu brioso
desharà este gran combate,
fulmina rayos de Marte,
qual Jupiter animoso:
que yo, con mayor fiereza,
con esta airada belleza
prometo mi Reino entero
al que de Reinaldos fiero
me traxere la cabeza.
Arg. A Tancredo matarè,
vengando la muerta vida,
que ya en Clorinda adorè;
y tu agravio luego, Arminda,
en Reinaldos vengarè.
Alad. Pues que ya el socorro es tal,
mañana es dia fatal,
mañana es el dia postrero,
que ver al Christiano espero
en la batalla campal.
Arm. Yo tu Ciudad guardarè.
Alad. Mañana à Palas Divina
en Jerusalen verè.
Ism. Vamos, hermosa sobrina,

Vans.

Vanse, y salen Tancredo, y todos.

Gof. Llegad los dos a mis brazos,
llegad, que en ellos mejor,
repartido igual amor,
os forma amorosos lazos:
quien, sino aqueste valor,
venciendo aquestas fortunas,
libre a Reinaldos traxera?
ya no temerè ningunas,
pues tengo la fuerza entera
en dos tan fuertes columnas:

Tan. Tuya fue la inspiracion,
tu, Gofredo, lo venciste;
obras de tus manos son,
pues tu el consejo pusiste,
quando yo la execucion.

Gof. Habla â Clorinda, y sabràs
lo que debo à tus heridas.

Tan. En las que tengo veràs,
que te dexè muchas vidas.

Clor. Muchas almas hallaràs
en estos brazos, Tancredo,
donde con heridas nuevas
las flechas de amor excedo.

Tan. Si tantas en mi renuevas,
como en ellas vivir puedo?
bastan las que amor me diò,
sin tus manos homicidas.

Clor. De las que en mi pecho abriò
vierten sangre otras heridas;
què enemigo las mirò?

Tan. No acuerdes tanto dolor
de aquesta mano villana.

Clor. Vida le debo a su error,
pues vivo en tu Ley Christiana.

Tan. Yo muero en la de tu amor.

Gof. Afsi disfrazado Aquiles,
esse trage afeminado
cubre tus fuerzas sutiles.

Rein. Pero si Alcides hilò,
si como ahora me vès
tan lascivo se adornò,
tambien sabes, que despues
mil impossibles venciò.

Trist. Dile el miedo que has tenido
quando en su carro de fuego
fuiste de Arminda seguido.

Rei. Llamando al abysmo ciego;
siguiendonos ha venido
hasta entrarse por el muro,
que con los encantos de ella
se tendrà por mas seguro.

Gof. Quando al Infierno atropella
la fuerza de su conjuro,
està en nuestra ayuda el Cielo.
Yo tengo el favor Divino
contra el Magico desvelo;
y contra el Rey Aladino
el mayor poder del suelo.

Clor. Què fue tan dificil caso?

Tan. Con tu mesmo hermoso brio
saliò otra Clorinda al passo.

Gof. Què es esto? *Tan.* Argan desafio.

Clor. Este es Argante el Circaso.

Vase Clorinda secretamente: Entra por el patio Argante en un Caballo en pelo, con lanza, y adarga.

Arg. Franceses, mas arrogantes
que los Gigantes membrudos,
que atreviendose a los Cielos
baxaron cenizas muchos.
Vosotros, que en largo cerco
asaltais aquestos muros,
soberbios con las victorias
de los Persianos, y Turcos,
despertad, pues, de la empressa,
que si todo el Orbe junto
à Jerusalen viniera;
si sobre ella los dos lustros
(que sobre Troya los Griegos)
miràra el poder del mundo,
yo solo la defendiera;
solo este brazo robusto
pusiera en Jerusalen,
para los siglos futuros,
al Olympo por muralla,
y por fosos a Neptuno.
Mientras que el Cedron doràre
aquestos valles ocultos
de Josaphat, y corriere
el Jordàn crystales puros,
no haveis de ganar, Christianos,
de vuestro Dios el Sepulcro.
Ya conoce mi furor
aquesse Francès orgulloso;
ya me haveis visto en campaña,
quando embrazo aqueste escudo;
visto aqueste fuerte acero,

y esta fiera lanza empuño,
romper vuestros esquadrones;
ya en los assaltos confusos
haveis tenido mis furias
por animados trabucos.
Matè a Dudon, y a Camilo;
predi a Oton, matè Rodulfo,
a Guido, Ormano, y Rugero,
y cuerpo, a cuerpo â Raimundo.
Quemè, al lado de Clorinda,
aquella Torre, que opuso
contra estos muros Gofredo,
quando por rayo me tuvo,
aquella noche, de tantos
tristes funestos anuncios,
en que yo perdi a Clorinda
entre el sangriento tumulto:
aquesta Divina Palas,
que ya delatarme pudo
lo dulce de su veneno
en lo hermoso de su bulto;
mataste, traidor Tancredo;
esta venganza procuro;
por lo qual armado, y solo
en estos campos te busco.
Ponte a Caballo, Tancredo,
que en èl te espero, y te juro
de hacer con tu sangre aleve
a Clorinda airado culto. *Vas.*

Tan. Espera, furioso Argante,
seràs de mis plantas triumpho,
ò seas primero Alcides,
ò seas Marte segundo.

Trist. Espera, furioso Argante,
serà Tristan tu Verdugo,
pues cerca de aqui te aguarda
del Calabrès el sûco.

Tan. Con tu licencia, señor,
irè en seguimiento suyo.

Gof. Parte; que en nombre de Dios
la victoria te asseguro.

Tan. Vèn, Tristàn

Trist. Aunque al perrazo
le bañen Magicos zumos;
yo le embainarè este acero,
sino se muere de susto. *Vanse los dos.*

Gof. Ea, vencedor de Oriente,
Esquadron determinado
â tanta empressa valiente,
ya del dia señalado
teneis la ocasion presente.
Mañana es el postrer dia
desta empressa soberana,
mirad, que si no la mia,
de vuestro valor, mañana;
la honra de Dios se fia.
Tiemblen quanto escudo embraza
vuestro Christiano furor;
venced quanto el mar abraza
del Carmelo, hasta el Tabor,
y desde Tyro, hasta Gaza.
Por sus esquadras romped,
essos muros escalad,
à Jerosalen venced,
y en la sagrada Ciudad
la Cruz de Christo poned.

Rei. Darè a los siglos memoria
ganando el marmol de Christo.

Gof. A Dios debereis las glorias:
vamos, que en el Cielo he visto
señales de la victoria.

Vanse, y salen Argante, y Clorinda con armas, y plumas parecidas à las de Tancredo.

Arg. Tu del encuentro primero
derribarme del Caballo?
tu resistirme à mi acero?

Clor. La mayor empressa callo;
porque assi vencerte espero.

Arg. Qual es la mayor empressa,
si tan presto ha de acabar
tanta arrogancia Francesa?

Clor. La que tengo de alcanzar
en vencerte, tan apriessa,
que nadie impida esta hazaña:
mas presto veràs, que el suelo
tu vertida sangre baña.

Arg. Aquesto consiente el Cielo,
si tiene el Orbe mi saña!

Clor. Què miras, Argante fiero?
què contemplas suspendido?

Arg. Desta Ciudad, considero,
el Imperio suspendido,
y que vengarlo no espero.

Clor. Porquè? *Arg.* Porque si ya son
ruinas de su grandeza
tanto Chistiano esquadron,
es, Tancredo, tu cabeza

pequeña satisfacion.
Clor. Presto veràs, arrogante,
quando te rinda esta mano,
a quien tuviste delante.
Sale Tancredo con las armas parecidas.
Tan. Quien serà aqueste Christiano
que batalla con Argante?
desvia loco, atrevido;
sabes que aquesta batalla
commigo aplazada ha sido?
Clor. Sè, que pudiste aplazalla,
mas yo acabarla he podido.
Arg. Esto espera mi furor?
muertos los dos a mis brazos,
aun es victoria menor:
llegad, y os harè pedazos.
Alza un poco la celada.
Tan. O Marte glorioso mio!
què hazaña de ti no espero,
con mas valor, y mas brio?
Clor. Vuelvete, que aqueste acero
acabarà el desafio.
Tan. Quita, mi bien, la celada,
porque al Sol le dès desmayos.
Arg. O furia del Cielo airada!
para quando son tus rayos?
estando mi diestra armada
viva mi furor te mira?
en tan celoso sucesso,
oy me dàs, vil Deyanira,
toda la sangre de Neso?
con otro Alcides espira.
Quando por vengar tu muerte
salgo a matar a Tancredo,
viva, y con èl llego a vèrte?
mas pues oy vengarme puedo,
oy morireis de una suerte.
Oy, con furiosos desvelos,
a pesar de vuestro Dios,
veràn mis furias los Cielos:
oy os matarè a los dos
con las rabias de mis celos.
Tan. Antes, si tu brazo espera
de los dos entera palma,
la batalla harà qualquiera.
pues somos los dos un alma.
Arg. Que fuerades mil quisiera,
para mi enojo mortal.
Tan. Dexa esse furor gallardo,
y si tu venganza es tal,
mañana, Argante, te aguardo
en la batalla campal.
Clor. Si tienes mayor deseo,
allà te espera mi espada,
pues con dos vidas pelèo.
Arg. La mia, en sangre bañada,
serà de entrambos tropheo.
Tan. Mañana espero, arrogante.
Arg. Allà os pienso hacer pedazos.
Tan. Si eres Libico Gigante,
seràn de Alcides mis brazos.
Arg. Moriràs en los de Argante.
Vanse, y sale Arminda a la muralla con arco, y flechas.
Arm. Ya de la dudosa Aurora,
la primer luz descubierta,
abre las puertas de oriente
en las manos de azucenas.
Este es el ultimo dia,
en cuyo teatro esperan
vèr la tragedia mayor
tantas Naciones diversas.
Esta es la parte del muro,
de David la Torre aquella
que el Rey de Jerusalen
ha encargado a mi defensa.
O generosa Ciudad!
gloria del Asia, primera,
què de maquinas te assaltan!
què de enemigos te cercan!
Ya en la tienda de Gofredo
el roxo pendon se muestra
de la batalla campal;
y ya las torres se aprestan
para igualar estos muros;
alli sus gentes ordena
el Rey Aladino, abriendo
a Jerusalen las puertas.
Ya el campo de los Christianos
la batalla le presentan,
formando sus Esquadrones
en anchurosas hileras.
O hermosas iras de Marte!
ò què furor representan
los animosos Caballos!
como buelan los Penachos!
como brillan las Cimeras
entre las menguantes Lunas,

y

y las cruzadas Vanderas!
Suenan Clarines en diferentes partes.
Ya llamando a la victoria
las Africanas Xabebas,
y las trompetas Christianas
al arma tocan aprieffa.
Ya se acercan los Caballos,
ya los Esquadrones cierran;
valgame el Cielo, y què furia!
los vecinos montes tiemblan.
Con el rumor de la noche,
y el polvo con nubes densas
a la obscura noche roba
muchas airadas tinieblas.
Desde aquella Torre, pienso
flecharles tantas saetas,
que de mis fieros rigores
escudos sus pechos sean.
Entrase en la muralla, suenan los Clarines, y empiezasse la batalla, entre Christianos, y Moros, y el assalto con alcancias, y escalas, y salen despues Gofredo, y Aladino bataliando.
Gof. Rindete, que soi Gofredo,
antes que mi espada fiera
tendida ponga a mis plantas
tu coronada cabeza.
Alad. Sabes que soi Aladino,
el grande Rey de Judèa,
cuyo nombre tiembla en Asia
quanto el roxo mar encierra?
Gof. Tyrano, del marmol santo
ya Jerusalen me espera:
oy pondrè la Cruz de Christo
sobre sus altas almenas.
Rindete. *Alad.* Matando mueren
los Reyes quando pelean.
Gof. Oy con tu muerte, Aladino,
le darè fin à esta guerra.
Entrase Aladino cayendo, y Gofredo tràs èl, y sale Argante con el Pendon de la Cruz de Christo arrastrando.
Arg. Seguidme, viles Christianos,
seguidme, que Argante os lleva
el desprecio de la Cruz.
Quitèsela al Duque Vgon,
y llegando en su defensa
mil atrevidos Christianos,
cubri de muertos la tierra.
Como no vienes, Tancredo,
Sale Tan. Por muchas sendas de sangre
segui tus furiosas señas.
Tu la Vandera arrastrando,
que tantos Cielos respetan?
oy con tu sangre enemiga
lavarè tantas ofensas.
Arg. Cubierto estàs de la tuya;
mucho, Tancredo, me pesa,
de que tu pecho aya sido
aljava de tantas flechas,
Tan. Por què, Argante?
Arg. Porque ahora
tan poca vida te queda,
que te quiten estas manos,
que tantos rayos aprestan.
Tan. Como quitè tantas vidas
en la batalla sangrienta,
traigo mis armas, Argante,
de agena sangre cubiertas.
Mas oy, que nuestra batalla
no ay causa que la suspenda,
porque es Clorinda, en el campo;
la fuerte Pantasilèa,
veràs si perdi el valor;
si las montañas del Ethna
fueran tus iras:: *Arg.* Las tuyas
verè a mis manos deshechas.
Empiezan la batalla.
Tan. Mis brazos son los de Alcides,
si eres hijo de la tierra.
Arg. Levantarème hasta el Cielo,
para borrar sus Estrellas.
Tan. Moriràs a mis rigores:
pues no te rindes? *Arg.* Què esperas?
sabes que tengo mil vidas?
Tan. Aunque tantas vidas tengas,
bastaràn tanta heridas,
para que por una de ellas,
barbaramente animosa,
salga tu alma soberbia.
Entrase cayendo Argante, y sale Clorinda.
Clor. No dexaras, que Clorinda,
pues que tu fuiste su estorvo,
acabara el desafio?
Tan. Tuyos son estos despojos,
pues de tus manos herido
tuve que vencer mui poco.
Sale Reinaldos, y và à tomar el Estandarte.

Sacire, que esta empressa es mia.
Rei. Yo cobre el Pendon glorioso.
Tan. Yo se lo he quitado a Argante,
que le arrastraba furioso,
quedando, aun despues de muerto,
dando à los Cielos assombro.
Rei. Yo he vencido la batalla.
Tan. Bien tus hazañas conozco,
mas yo le pondrè en el muro,
pues que le cobrè yo solo.
Clor. Yo os quiero partir la gloria:
tu, Reinaldos animoso,
mientras que pone Tancredo
sobre el muro el Pendon roxo,
baxando por èl a un tiempo,
abre al campo victorioso
de Jerusalen las puertas.
Rei. Aqueste partido tomo.
Entrase, y baxa por la muralla al tablado Arminda.
Arm. Perdiòse Jerusalen,
cayò su Imperio ambicioso,
y en mar de sangre su gente
vencidos yacen escollos.
Ya vàn subiendo sus muros,
sin que puedan ser estorvos
contra sus armadas torres
tantos bolcanes fogosos.
Con los que muertos derriban
ciegos los profundos fosos,
escalas forman los unos
para que suban los otros.
Ya la Torre de David
ganò Tancredo ambicioso,
y a abrir las puertas Reinaldos
baxa con fiero alboroto.
Tan. Victoria, Jerusalen. *Entrase.*
Arm. Ya el Imperio reconozco
de tu santa Ley Christiana,
por quien con pecho amoroso,
la de mi fè, y mi deseo,
con Reinaldos te perdono.
Yo tambien la Cruz adoro,
pues es mi amor tan dichoso
en merecer de tus brazos
las dulces prendas que adoro.

Abre Reinaldos las puertas, y entran Gofredo, y todos los demàs con la Cruz, y despojos.

Gof. Entrad, vencedores fuertes,
llegad à besar devotos
de aquesta Ciudad de Dios
el Cielo en lugar tan corto.
Ya de aquestas manos muerto,
perdido el real decoro,
yace en el campo Aladino,
y sus Esquadrones rotos.
De nuestras valientes manos
en crystales sanguinosos
al Rio Jordàn tributan
muchos sangrientos arroyos.
Montañas de cuerpos muertos
de los Persianos, y Moros,
padron horrible levantan
de sus cadaveres proprios.
La Cruz de Christo en los muros
rompe los menguantes rostros,
que à tantas Lunas vencidas
un rayo es ya prodigioso.
Esta es la Ciudad Divina,
dentro del terreno globo
donde Dios obrò altamente
la Redempcion de nosotros.
Salpicada de su Sangre
se viò esta tierra que toco,
quando de la Cruz Divina
llevò el dulce peso al ombro.
Por aqui passò, venciendo,
aquel Capitan glorioso,
la muerte, quando la suya
le quitò tantos despojos.
Ya se acabò nuestra empressa,
vamos, con pies Religiosos
à colgar del santo Templo
aquestos Pendones roxos.
Resplandezcan en sus Aras,
como triumphales adornos,
essas Lunadas Vanderas,
aquessos Alfanges corbos.
Tan. O gran Capitan! espera:
Clorinda, el lazo amoroso
oy tambien mi amor aguarda.
Rei. Aqueste Divino monstruo,
que encubierto es fiero Marte,
descubierto amor hermoso,
es la bellissima Arminda,
que ya del Bautismo solo
el agua santa te pide;
y yo mas afectuoso
el fin de tantos deseos.
Gof. Suden los fragrantes troncos,
arda primero el incienso
del Arabe, no remoto,
en el sacro Templo, y luego
con tantos lazos dichosos,
dando fin vuestras passiones,
en festivos desposorios
el deseado Himenèo
calce los coturnos de oro.
Tan. Vamos, pues, donde adoremos
el Divino Mauseolo.
Rei. Vamos al Sepulcro, à donde
cumplamos el santo voto.
Gof. Y aqui dà fin (aunque ha sido
el nuevo Taso tan corto)
Jerusalen conquistada
por Gofredo valeroso.

Ponese Gofredo, y los demàs de rodillas.

F I N.

Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta Castellana, y Latina de la *Viuda de Fransisco Lorenzo de Hermosilla*, en calle de Vizcaìnos.